Capítulo 2

La juventud

Después de varias horas de entrevista, de pronto la conversación cesa de manera natural. Se hace un silencio de voces, sólo escuchamos el teclado de la computadora sobre mis piernas porque no he terminado de escribir todo lo dicho, y más afuera del estudio, el canto de los pájaros, el ladrido de *Chela* y el parloteo de *Mona*. Estamos en el estudio de su casa, nosotras tres (Ana, Denise y yo), registrando, y el último de los indigenistas, nuestro gentil anfitrión, compartiendo generosamente su espacio y el relato de su vida, rayitos de sol filtran por las ventanas.

Un cuadro con una foto en blanco y negro en el muro interior: es gente hincada alrededor de un círculo ritual, es una ceremonia huichola, en el retrato está Salomón, joven y con unos anteojos de marco negro y grueso tipo nerd: parece otro personaje del culto, va a comer peyote y está al frente un *marakame* en traje de carácter para dirigir el viaje. El muro delgado es en realidad el marco de una puerta que da a una escalera que baja. Abajo está la biblioteca, le echo ojo a los estantes, hay retratos de Gerónimo el apache, Erich Fromm, Sigmund Freud, Carlos Marx y Roberto Weitlaner a caballo. Están todos los libros que un antropólogo mexicano tendría que leer, todo bien organizado, incluso clasificado con código y por bibliotecaria; lo viejo y lo nuevo ahí se encuentran en cuestión de títulos, como un camino entre Oaxaca y the Smithsonian Institution.

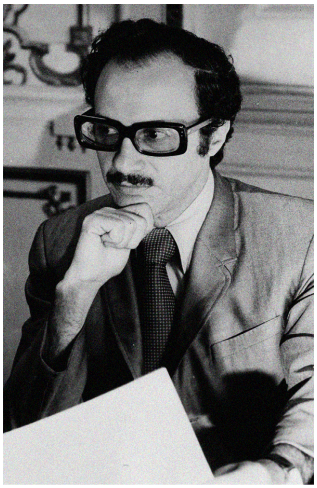


Figura 1: Salomón Nahmad de joven.

Si me quedase atrapada unos días en este sótano del tiempo, lo primero que haría sería chutarme los libros sobre Chiapas, están todos, el paraíso del antropólogo tesista. La casa de los Nahmad parece como un museo de pueblo, de ambiente tranquilo y hospitalario. Esta parte de la casa no existía cuando se la compraron a Máximo, la construyeron después.

También de manera espontánea regresamos a las palabras y a la entrevista. Los cuatro recuperamos nuestros asientos. Continuamos con la historia.

A los 22 años Salomón descubrió la antropología y supo que era lo suyo, eran los finales de la década de los cincuentas, entre los intelectuales de oposición en México dominaba la idea del sóviet. En 1957 Salomón ingresa a estudiar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH), la primera escuela de Antropología en América Latina, fundada en 1942 con participación de profesores de la UNAM, en el espacio físico del Instituto Politécnico Nacional (IPN) y con el aval del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Durante los primeros años, la ENAH fue un centro de difusión del culturalismo norteamericano pero bajo la influencia de

los españoles republicanos, refugiados en México, como Ángel Palerm, la ENAH fue construyendo su propia etnología. Sus egresados fueron casi todos profesionistas muy talentosos.

A los 22 años, el joven Salomón ya había estudiado Trabajo Social en la vieja facultad de Derecho, e inició su labor en la recién estrenada Ciudad Universitaria de la UNAM, había sido ya profesor adjunto en la facultad de Medicina y estaba en la búsqueda de su identidad, rompiendo con la tradición judía que él sentía como una atadura a un destino establecido por alguien más. Como hijo de migrantes su actitud era de ruptura, veía más hacia delante que hacia atrás. También me llama la atención que desde joven se relacionó con personalidades que tuvieron alguna influencia decisiva en su vida, como Erich Fromm, el sabio psicoanalista alemán, que le permite con su terapia, soltarse del judaísmo; Aguirre Beltrán, célebre antropólogo que le dirige la tesis; Juan Rulfo, el escritor, que le corrigió el estilo; Julio de La Fuente, artista anarquista y antropólogo, con quien trabajó en el INI y Alfonso Caso, el gran maestro del indigenismo mexicano. Parece que las mentalidades brillantes tienden a juntarse. ¿Qué nos dices de tu juventud Salomón?

Yo a los 18 años pintaba mi raya, rompí totalmente con la religión, me metí a estudiar Trabajo Social sin autorización de mis padres. Cuando tenía 16 años mi familia transportó la tienda a la ciudad de México, fue un drama comercial, mi padre quiso competir con los muebleros del DF y quebró. Yo no quería trabajar en los negocios de mi papá, me aburría. Sin embargo, en las mañanas trabajaba con él en la mueblería y por las tardes me dedicaba a estudiar. Yo me la pasaba leyendo, tenía afición por la literatura, me gustaba Dostoievski, leí *La buena tierra*, preciosa novela de Pearls Buks. En la Escuela de Trabajo Social conocí a Sara. Me enamoré como loco, se me clavó como una espina.

Ya tenía una vocación por los niños de la calle, fui el primer trabajador social hombre, porque había puras mujeres, lo fui contra la voluntad de mis padres. Mi profesor de psicología, Armando Hinojosa, me atrajo hacia él, Hinojosa era uno de

los 13 alumnos de Erich Fromm, él me psicoanalizó. Eso me ayudó a romper con la tradición de mi familia. Luego trabajé para Fromm, haciendo entrevistas para su investigación sobre el perfil de la madre mexicana, que él quería comparar con la madre alemana. Ya ganaba mi dinero, también trabajé en el Tribunal de Menores.

Leía los libros de Freud y de otros autores, hubo uno que me cautivó, el libro de ética de Spinoza, el *Tratado teológico político*, lo que me convenció de que la religión es el veneno más grande para los seres humanos. A los 16 años tomé clases de pintura con el esposo de la hermana de Daniel Cazés, el pintor Arthur Kronengold, muy famoso en el medio judío del Deportivo Israelita, porque estudió con un gran pintor neoyorquino. Estudiaba y leía y pintaba porque yo andaba buscando mi identidad, yo no quería ser comerciante, no podía, me parecía una pérdida de tiempo.

Daniel Cazés pertenecía a una organización pro soviética, pero no quería a Stalin porque perseguía a los judíos, él se fue a Israel y vivió en un kibutz, como a los 15 ó 16 años. Yo también me quería ir, pero yo estaba en otra organización socialista y religiosa y en esas clases que tomaba en esa organización conocí a Baruch Spinoza, y aprendí a leer y estudiar filosofía. Buscaba mi autenticidad, empecé a estudiar psicología en la UNAM, pero no me gustó mucho. En el año 1956 ó 57 se inauguró la Ciudad Universitaria de la UNAM, empecé a trabajar ahí. Ayudé al Dr. Alfonso Millán, quien tenía un sanatorio en Tlalpan, y fui su ayudante en la facultad de Medicina, muy joven fui profesor adjunto de Millán, en el Departamento de Psicología Médica.

El doctor Hinojoza trabajaba en la elaboración de un libro sobre el carácter de los estudiantes de la UNAM donde colaboré. Alfonso Millán fue compañero de Ignacio Chávez. Luego fui ayudante del maestro Weitlaner, mi gran maestro de etnografía. Andaba yo entre psicología, psicoanálisis y antropología. Esta línea no se siguió mucho en México por cierto, es algo que no se ha explorado, el marxismo no lo permitía, prevalecían los pro soviéticos. Yo era más humanista,



Figura 2: El antropólogo Salomón en una reunión con una comunidad wixarika en Nayarit, 1967.

me considero un socialista humanista, porque lo que hay que tener es un pensamiento a favor de la sociedad humana y no de un partido político, que al final siempre divide.

Después estudié Antropología. El trabajo de campo me fascinaba, desde que era estudiante de trabajo social me gustaba el campo, en ese tiempo nos afiliamos Sara y yo a las Misiones Culturales, con el doctor Haro, el marido de Poniatowska, en el Observatorio de Tonanzintla. La vida te hace antropólogo. No teníamos mucho dinero, mi beca en la ENAH, lo de las clases en Medicina, un chequecito. Por cierto que a mi hermana Emilia le di mi primer cheque de la UNAM, para que comprara una muñeca. Me fui haciendo en el camino.

Cuando empecé a estudiar formalmente antropología en 1957, me enloqueció porque encontré lo que andaba buscando. Lo que más me impactó fue la clase de antropología física, con Juan Comas, ahí entendí la herencia biológica, los pueblos. Su *Manual de antropología física* es fundamental para entender la evolución humana somáticamente, no comprendes nada sin este conocimiento: desapareció para mi esto del *pueblo elegido*,

los *verdaderos hombres*; somos hueso y carne, somos animales, todo lo demás es invento, es cultura, pero es invento. Tenemos enclaustrada a la humanidad en ideas mágicas, aunque somos mamíferos, seres que se mueven biológicamente como una vaca, o un gorila, somos igual a ellos. La gran diferencia, decía Juan Comas, es el pulgar, la herramienta más importante del ser humano, de ahí la conexión de las manos con el cerebro: se hizo la cultura cuando se separó el pulgar y se volvió oponible al resto de los dedos. Ahí, cuando supe esto, para mi se acabaron los mitos, los míos. Nacho Bernal era otro buen profesor de arqueología, era el ayudante de Caso, también Santiago Genovés, quien se dedicaba a trabajar con los huesos, las conexiones cerebrales, Genovés era el experto en el hueso coxal de la cadera y en cómo se define el sexo. Entonces, con esos profesores dándote clases, ya se te olvida diosito que nos anda cuidando y eso de que somos seres del mas allá se cae. Yo me emancipé del judaísmo con la antropología. Todo el racismo se me acabó, porque me habían educado en la idea de que el pueblo judío era el pueblo elegido de Dios y que la virgen le habló a Juan Diego, nada de eso. Luego Genovés se involucró en una discusión con doña Eulalia Guzmán, sobre sí ciertos huesos encontrados en Ixcateopan eran los huesos de Cuauhtémoc, también la antropología crea sus propios mitos.

La ENAH tenía dos programas con profesores invitados norteamericanos. El proyecto 104 y el 108, para formar a los antropólogos de América Latina. Gracias a Franz Boas y a Manuel Gamio, quien fue maestro del doctor Aguirre Beltrán, que era médico de Tlacotalpan. Como a Aguirre le interesaba la población de origen africano, Gamio lo mandó con Melville Herkovitz a estudiar ese tema, pues él había sentado los precedentes de estos estudios en Estados Unidos. Manuel Gamio era de una dimensión extraordinaria, lo que hizo el indigenismo en México representa el primer antecedente de lo que hoy están haciendo en Latinoamérica, de lo que está pasando en Bolivia. Gamio defiende a los zapatistas en su libro *Forjando Patria*. Se interesa por la formación de los jóvenes, construye un proyecto de nación y tiene la capacidad de realizarlo en el indigenismo.

La revista *America Indígena*, del Instituto Indigenista Interamericano, ya no la leen los chavos, que por la crítica que se hace al indigenismo como integracionista, pero integracionista es el humano. Oscar Lewis nos dio clases y Eric Howbsban también. Julio de la Fuente junto con Aguirre Beltrán fundan los cursos de Antropología Aplicada. Esa es la antropología que nosotros aprendimos.

Mis compañeros eran Margarita Nolasco, la esposa de Poncho Muñoz, Lina Odena, Andrés Medina, Mercedes Olivera, Susan Druker, que era de Nueva York y la sacaron de Estados Unidos con el macartismo, también Guillermo Bonfil, que entró dos años antes, con Stavenhagen, con Inchaustegui. Una estudiante cubana muy inteligente era Calixta Guiteras Holmes. Yo animé a Daniel Cazés a que estudiara antropología.

El maestro Alfonso Caso era muy nacionalista, las teorías difusionistas no le entraban. Paul Kirchoff tenía la idea de que el calendario mesoamericano llegó por el estrecho de Bering y provenía de Asia, o sea, que el mesoamericano estaba influenciado por el calendario Chino-Coreano, y eso Caso no lo aceptaba, decía que el calendario Olmeca era netamente americano y que la raza blanca no era la superior y Juan Comas lo mandó parar todo eso. Jiménez Moreno me dio historia antigua de México, se sabía los nombres de todos los príncipes aztecas hasta los toltecas, era primo de Jorge Negrete.

Carlos A Echánove Trujillo, escribió un libro famoso en su época, me dio clases cuando estudiaba trabajo social y luego fue a dar clase a la ENAH, los estudiantes lo corrimos, su libro de *Sociología Mexicana*, hablaba de "la raza inferior india", era vergonzoso, todavía hoy te dan el premio en Yucatán bajo ese nombre ¿tú crees?

Juan Comas nos hizo críticos. El maestro Alfonso Caso era el cacique de la antropología mexicana, pero era un pinche genio, descubrió la Tumba 7 de Monte Albán, hasta hoy en día se cita su trabajo sobre la arqueología de Oaxaca. Se daba unas peleadas con Kirchoff, quien se salió de Alemania contra el nacismo. Otro buen maestro fue Ricardo Pozas, por supuesto León Portilla. Vasconcelos era racista y el escudo de la UNAM

lleva su lema: *por mi raza hablará el espíritu*. Llevé lingüística con Mauricio Swadesh, el lingüista que más me impactó. Fue alumno de Edward Sapir, el gran lingüista del mundo. A mi se me aclaró el mundo con la clasificación de las lenguas, Swadesh fue el maestro de Daniel Cazés, pero luego Cazés se metió a la grilla y dejó de lado la lingüística, hizo su tesis sobre los matlatzincas, era bueno Daniel. Arturo Monzón, era el alumno predilecto de Kirchoff, el mejor antropólogo aplicado que conocí, hizo los primeros estudios sobre el impacto de las carreteras en la vida de los indios. Fue maestro también de Margarita Nolasco y Mercedes Olivera, Leonel Durán, Guillermo Bonfil. Mi tesis me la dirigió Aguirre Beltrán. La primera vez que vine a Oaxaca fue con los chocholtecas, de la región de Coixtlahuaca, desde donde caminé como 8 horas en burro para poder escribir el articulo referido a dicho pueblo en el *Handbook* de 1961.